

Mientras las líneas más apremiantes y extendidas de los problemas del Próximo Oriente siguen enfocadas sobre las perspectivas de una paz regional estable en los territorios que fueron teatro de las dos guerras de junio de 1967 y octubre de 1973, hay otros sectores de interés que respecto a aquella misma zona mundial se ven descuidados en la atención puesta desde los países del oeste mediterráneo. Tanto las dificultades internas que acompañaron a los comienzos de la Conferencia de Ginebra para la paz próximo-oriental como la angustia de las crecientes dificultades y estrecheces en los suministros petrolíferos son motivos que impiden fijar la atención en otras facetas menos sensacionales, pero no menos importantes. Sobre todo las de los nuevos papeles neocontinental e internacional que ha comenzado a desempeñar el mar Rojo.

Muy sabido es que desde la apertura y comienzo del funcionamiento del canal de Suez, el mar Rojo fue considerado sobre todo como una zona de paso naval, por la cual se atravesaba desde Norte a Sur o desde Sur a Norte, pero siempre derecho, sin escalas y lo más aprisa posible. Aparte Egipto (y sólo precisamente por estar allí el canal, con un sentido primordial esencialmente mediterráneo), el resto de los territorios situados en las riberas Oeste y Este del referido mar eran poco considerados por sus condiciones continentales. Incluso cuando Inglaterra puso una base en Aden, o cuando se instaló en Sudán, lo hizo sobre todo considerando que así adquiriría escalas navales con bases terrestres sobre la ruta de su imperio de la India, y casi sólo en relación con la conservación del sistema naval que en torno a dicha India había montado.

Las consecuencias orientales de la I Guerra Mundial cambiaron un poco el sentido del interés del mar Rojo, pero sólo en lo referente a sus bordes por el lado Este. El ángulo inerte del imperio-jalifato turco de Estambul, que hacia el mar Rojo sólo volvía su espalda por un borde de costas sin

puertos ni comercio, vio asomarse por allí a tres reinos árabes locales (Yemen, Transjordania y el Heyaz, que posteriormente llegó a ser llamado «Arabia Saudita»). Pero el papel que dichos reinos desempeñaban era puramente local, y en ningún caso influían para nada sobre los destinos de la orilla de enfrente, es decir, sobre la llamada «africana».

Hasta entonces seguía siendo cierto que las cuestiones del mar Rojo (en su sentido moderno) conservaban el valor predominante desde Occidente a Oriente, que les dio ser camino de las zonas de intereses británicos en la India, Africa del Este y Sur, costas de China, Malasia, Australia, etcétera. Aquel sentido se lo había dado Napoleón Bonaparte cuando, siendo general de la República Francesa, realizó su expedición a Egipto, y una vez allí planeó un canal hacia el mar Rojo para atacar al poder inglés por el lado indostano. Gran Bretaña, hasta después de 1930, siguió obsesionada por el antecedente napoleónico, obrando en consecuencia sobre el Oriente arabizado y sus prolongaciones hacia los países del Himalaya.

Entre los años 1935 y 1962, el carácter del mar Rojo y de sus tierras en torno, comenzó a modificarse profundamente por obra de la acción personal de dos hombres, muy diferentes por las nacionalidades y los programas, pero que tuvieron curiosas coincidencias en muchas actuaciones. Fueron Mussolini al realizar la conquista de Abisinia y Abdel Nasser al organizar la expedición militar egipcia para ayudar a los antimonárquicos del Yemen. El «Duce», en Roma, como posteriormente el «Rais», en El Cairo, habían tenido unos puntos de partida bastante contrarios a las presencias británicas, tanto dentro del Mediterráneo oriental como en los sectores donde se coordina lo llamado «arábigo» con lo llamado «africano». Tampoco ha de olvidarse el antecedente esencial de que la revolución militar egipcia de julio de 1952 no fue encabezada por Abdel Nasser, sino por el general Naguib, egipcio de origen, pero nacido en el Sudán y con un programa de haber unido y fundido a los dos países del Nilo. A la vez que sobre las orillas del otro sector del mar Rojo, Naguib buscó también una mayor vinculación con Arabia.

En realidad, todas las tendencias a juntar y coordinar enlaces entre las orillas del lado que antes se conocía culturalmente como «árabo-asiático» y el lado que se calificaba como «árabo-africano» ya se habían iniciado y coordinado desde que en marzo de 1945 fue fundada en El Cairo la Liga de los Estados Arabes. Sin embargo, entonces sólo se trataba de aliar y agrupar a los países que participasen en el mismo idioma o la misma cul-

tura de una llamada «arabidad» (en árabe, *urubah*). Sin preocuparse de cuál sea el sitio en que estén enclavados los diversos países que emplean dicho idioma.

Sin embargo, refiriéndose al mar Rojo, nunca se ha olvidado que siempre existieron dentro de él unos poderosos dobles antecedentes regionales, tanto de carácter geofísico como de tradiciones humanas.

Respecto a lo primero, es muy conocida la existencia de ciertas teorías que al tratar de los orígenes, formas y distribuciones de los continentes señalan las coincidencias o las prolongaciones por las cuales la gran masa geológica y climatológica del Sájra se corresponde con las extensiones de la península de Arabia y sus anejos hacia el Mediterráneo. En cierto modo Arabia (incluyendo los bordes de Siria, el Líbano y Palestina) sería casi un apéndice natural del continente africano y no una parte de Asia anterior. Sobre esto mismo también suele citarse la existencia de la alargadísima y profunda depresión hundida que conteniendo los grandes lagos de Africa oriental continúa por el valle del Nilo y llega hasta el foso jordano-palestino, por donde el río Jordán se vierte en el mar Muerto. En todo caso, el conjunto del mar Rojo podría ser considerado como otra depresión regional, mucho más ancha y presidida por las sierras paralelas de Abisinia y el Yemen.

Allí estuvo precisamente la sede de los famosos Estadillos arcaicos de la «Arabia feliz», donde surgió y floreció una civilización muy original, contemporánea, pero diferente de la mesopotámica y la faraónica. Su foco principal estuvo en la parte montañosa del norte yemenita (entonces más lluviosa y cubierta de arbolado). El período de florecimiento se extendió entre los años 1450 y 115 antes de la Era Cristiana, bajo los reinos sucesivos de Maan y de Sabá. El Estado sabeo (que duró desde el 700 hasta el referido 115) alcanzó su mayor fama histórica por el renombre de aquella reina, Balkis, conocida como «Soberana del Mediodía», que estuvo con Salomón en Jerusalén.

El reino de Sabá desapareció en Arabia por varias causas, como la rotura de sus presas de regadío y la invasión de tribus desérticas. Pero la dinastía sabea y sus notables adictos fundaron un nuevo Estado en Abisinia, donde todavía hoy son considerados como descendientes de los monarcas sabeos los soberanos del Imperio de Etiopía: los «Reyes de Reyes».

Después de haber desaparecido en el Mediterráneo la universalidad del Imperio romano (que conservó contactos con el etíope), fueron muchas las

causas locales del Alto Nilo que poco a poco dejaron a Abisinia aislada y casi olvidada. De todos modos, los antecedentes de aquel apartamiento temporal no tuvieron relación con su historia contemporánea. Es decir, con la que se inició precisamente (a ambos lados del mar Rojo) por obra de la expansión de la Italia fascista.

En efecto, lo más característico de la acción de Mussolini, al constituir su neoimperio colonial, basado sobre el suelo etíope, fue el hecho de que a la vez trató de iniciar una acción de penetración sobre el reino árabe del Yemen, donde el Iman Yahya gobernaba como soberano absolutista. La evolución de la política europea y mundial no dio tiempo al régimen mussoliniano para actuar dentro de Arabia. De todos modos, no se ha olvidado que durante la II Guerra Mundial, cuando, después de fracasar la ofensiva del Eje sobre Egipto, los británicos llegaron en un empujón desde El Alamein hasta Sicilia, lo consiguieron gracias a la amplia retaguardia que tenían en todo el mar Rojo.

Después de que Etiopía recobró, aumentó y reforzó su independencia en noviembre de 1952, su papel de gran eje natural entre el Próximo Oriente y Africa aumentó paulatinamente; sobre todo desde que comenzó a ponerse en marcha dentro de Africa un proceso continuo de aparición de Estados y Estadillos con soberanías renovadas o completamente nuevas. Luego hubo los intentos de agrupaciones parciales de Estados, con orientaciones de programas divergentes y hasta opuestos. Entonces el Negus Haile Selassie se distinguió por representar el criterio más avanzado dentro de las tendencias moderadas. Hasta que al fin en 1963 se creó la OUA, Organización de Unidad Africana, con su sede en la capital etíope precisamente.

La OUA fue después atravesando por muchos altibajos, aunque manteniendo su solidaridad política inicial pero con enormes carencias técnicas en las economías, la educación, las estructuras estatales, etc. Así eran muchos los Gobiernos africanos (sobre todo tropicales) que buscaban dinero y expertos en un país que les proporcionase los elementos de las grandes potencias sin ser él mismo una gran potencia. Es muy sabido que ese país fue Israel, metiendo sus agentes y sus métodos por toda Africa negra y casi negra. Etiopía o Abisinia (por otra parte, muy norteamericanizada entonces en lo oficial) constituyó el puente ideal para las infiltraciones africanas de Israel. Dentro de la misma Etiopía los israelíes emprendieron la construcción de un nuevo puerto en Massaua y de nuevas autorrutas, a la vez que expertos

militares israelíes tenían en Ualika, cerca de Asmara, un pequeño cuartel general.

Por todo ello resultó uno de los hechos más sensacionales en la evolución de los sectores de contactos árabo-africanos el que el 23 de octubre Haile Salassie cortase las relaciones con Israel y condenase la política interna y externa de los gobernantes de Tel-Aviv. Al mismo tiempo, reforzando su arabofilia inicial, el Negus unía la acción oficial etíope a las de Sudán, Egipto y Arabia Saudita en todos los sectores del mar Rojo.

Sin embargo, se dio la paradoja de que la prensa de Europa occidental concediese poca atención al gesto del emperador Haile Selassie. Todo lo más se consideró que era un episodio más dentro de la serie de roturas de relaciones con Israel por parte de Estados africanos diversos; dentro de la serie iniciada por Uganda, Chad y Níger en 1972, seguida por Malí, Togo y Burundi en la primera parte de 1973 y completada por otros diecinueve países como consecuencia de la guerra israelí contra los árabes en octubre.

Así, pues, el factor de las repulsas acumuladas de los países afronegros y otros análogos respecto al Estado sionista de Israel fue contemplado por las grandes potencias y las naciones europeas como un simple episodio secundario. En cambio, hacia noviembre hubo otro aspecto de la actualidad del mar Rojo, que fue mejor destacado. Se trató de la actuación de varias pequeñas unidades de la marina egipcia en el estrecho de Bab el Mandeb.

Sabido es que dicho estrecho abre o cierra igualmente el paso entre el mar Rojo y el océano Indico, siendo «la otra puerta» que al lado Sur completa el acceso del canal de Suez por el lado Norte. El acceso Sur de Bab el Mandeb parece más ancho, pero en realidad se aprieta porque en su centro se encuentra la isla de Perim, dejando a ambos lados dos boquetes laterales, de los cuales el más ancho es el que está entre Perim y la costa etíope. El boquete menor es el del litoral de la República del Yemen del Sur, cuyos gobernantes pusieron su libre uso estratégico a disposición de Egipto desde el pasado verano. Y Egipto envió allí unas lanchas rápidas armadas que durante la breve guerra de octubre contra Israel impidieron el paso a los buques que llevaban mercancías a Israel por el puerto de Eilat, sobre todo petróleo.

En octubre, ocupando la tribuna en las Naciones Unidas, el embajador israelí, Yossef Tekoah, puso como una de las condiciones para aceptar el alto el fuego el que Egipto levantase el bloqueo naval que había establecido en Bab el Mandeb. También en Tel-Aviv aludió a la acción egipcia sobre

el estrecho meridional el general israelí Chlomo Gazith, explicando en una conferencia de prensa que Israel podría actuar bélicamente (lo mismo que hizo cuando se apoderó del egipcio Charm el Cheij en 1967) sobre las costas cercanas a Bab el Mandeb.

De todos modos, el asunto no volvió a ser mencionado en la ONU después de que, por las presiones de Moscú y Washington, comenzaron las conversaciones militares egipcio-israelíes para separación de fuerzas beligerantes en los frentes de Suez. Aunque desde el 15 de noviembre Israel había suspendido el uso del oleoducto que había llevado hasta entonces hasta la costa de Tel-Aviv y Asjelon los petróleos del océano Indico.

Otro factor local del sector del Bab el Mandeb es el de la presión de los dos Yemen en dirección a la orilla llamada o apodada «africana». Desde luego el Yemen del Sur reivindica la total soberanía sobre la isla de Perim, desde que ésta fue evacuada por Gran Bretaña; pero dicho Yemen carece de fuerza para imponerse. Aunque pueda ser un factor inquietante el hecho de que el Yemen del Sur, con su capital Aden, depende cada vez más de la China de Mao en varios aspectos, sobre todo técnicos y económicos.

En cambio el Yemen del Norte, con su capital en Sana, va estando cada vez más vinculado a las influencias de la vecina Arabia Saudita. El jefe del Gobierno de dicho Yemen del Norte, Abdullah Al Haggri, ha abierto sus servicios administrativos y el control de sus fuerzas armadas a los consejeros y los instructores que le presta el rey Faisal de Arabia. También en la orilla de enfrente del mar Rojo, los gobernantes del Sudán, dentro del común sistema de conexión de la Liga Arabe, se aproximan ahora a las orientaciones de Riad mucho más que a las de El Cairo. Así cada vez es más posible la fijación con finalidades regionales de una común «estrategia del mar Rojo». A la cual podrían adherirse incluso países tan laterales como Somalia o el Omán.

De todos modos, por el momento, la actualidad corriente desde fines de 1973, y enfocada sobre 1974, gira allí en torno a la figura del Negus. Se observa que este personaje (destacado antes sobre todo como soberano de un país que fue famoso por su arcaísmo) desempeña ahora a la vez cuatro papeles simultáneos: Primero, el de jefe de Estado del único país que en Africa conservó su independencia después de las expansiones coloniales de los siglos XVIII y XIX. Segundo, el de representante de la dinastía más antigua surgida en Arabia. Tercero, el de máxima figura política dentro del conjunto de los grandes núcleos humanos encuadrados en la Iglesia cristiana de con-

fesión monofisita. Por último, el cuarto papel (así como el de acción más efectiva) es el de principal personalidad coordinadora de los contenidos estables dentro del conjunto de la OUA u Organización de Unidad Africana. Con este carácter fue con el que Haile Selassie propuso y obtuvo la repulsa general de la OUA contra Israel en el Congreso de Addis Abeba el 21 de noviembre de 1973.

El mismo Congreso de Addis Abeba designó una comisión de siete países de Africa tropical, encargada de establecer una cooperación total y continua con los países árabes, así como un sistema de contactos periódicos entre la OUA y la Secretaría General de la Liga Árabe.

Los primeros efectos inmediatos en las tendencias de vinculación continental africana con todo el arabismo (incluso el situado al este del mar Rojo) han comenzado con diversos actos parciales de nexos culturales, económicos y sociales que tienden a concentrarse sobre El Cairo.

Algunos ejemplos destacados en este sentido (entre diciembre del año pasado y enero del actual) fueron los siguientes: 1.º Una conferencia de ministros árabes y africanos de Industria, en la cual se acordó que varios países arábigos, entre los más ricos y mejor tecnificados (como Egipto, Arabia Saudita, Kuwait, etc.) orienten, financien e incluso pongan en marcha diversos proyectos de planificaciones agrícolas y fabriles en varios de los países situados al sur de Sájra. 2.º La designación de una comisión preparatoria para estudiar la creación de un común Banco Arabo-africano. 3.º Preparación de una conferencia sindical de sectores laborales arábigos y afronegros. 4.º Celebración en El Cairo, con indudable éxito, de una conferencia internacional afro-árabe femenina.

En lo cultural, al mismo tiempo, el Consejo de la Federación de Universidades Africanas, reunido en Accra, decidió alinearse sobre las universidades de Egipto.

Un resultado tangible es, por ahora, el de que ya se habla y se escribe con destacada insistencia sobre la posibilidad de que pueda llegar a constituir un factor internacional positivo (y hasta muy activo) la posible formación de un supuesto «bloque afroarábigo». En tal caso el sentido principal de la política general del Próximo Oriente y el de las rutas navales por Suez y el mar Rojo no sería el de Oeste-Este, como pasa ahora, sino que pasaría a predominar el de Norte-Sur. Un sentido en el cual Europa occidental encontraría por su fachada meridional un doble complemento de un *hinterland*

natural. Una prolongación de zonas de acciones y relaciones a través de los sectores geopolíticos de arabismo y el negrismo.

Acaso estos pronósticos resulten bastante exagerados respecto a lo internacional general. Pero en todo caso, concretándose a los aspectos relacionados con el conjunto del mar Rojo, es evidente que dicho mar ha cesado de reducirse a desempeñar un papel de zona acuática limítrofe en unos bordes secundarios. Ahora está adquiriendo y desarrollando la función de punto primordial de confluencias. Hasta respecto a algunas conexiones vinculadas con el Oriente asiático extremo.

Un ejemplo bastante significativo es el de la acción gubernamental de Japón. Después de la visita que el viceprimer ministro nipón, Takeo Miki, hizo en El Cairo al presidente egipcio, Anuar El Sadat, desde Tokio se ofrece a Egipto un crédito para emprender los trabajos de reapertura del canal de Suez a la navegación. Y el 12 de enero corriente, el mismo Takeo Miki dijo, hablando en la sede de la ONU durante una conferencia de prensa, que el Japón desea participar en las negociaciones de paz de Ginebra. Precisamente porque desde Tokio se considera que el mar Rojo ha pasado a constituir un sector de vanguardia para sus intereses económicos, morales y hasta estratégicos.

Respecto a lo de la estrategia, hay que subrayar igualmente que en lo naval tiende a integrarse el mar Rojo dentro de la teoría que desde Teherán se había lanzado (refiriéndose al golfo Pérsico) sobre que los Estados litorales son los que deben poseer y ejercer el absoluto control de sus aguas, sus costas y su tránsito. En el caso del mar Rojo eso significaría una acción común más estrecha que uniese las posibilidades de Persia con las de Egipto, Etiopía, etc., a través del factor central y principal, representado por Arabia Saudita.

RODOLFO GIL BENUMEYA